



## *Diócesis San Francisco de Asís*

Calle La Ronda 4-70 zona 1,  
Jutiapa (22001), GUATEMALA, C.A.

### Mensaje a las comunidades cristianas de la Diócesis de San Francisco de Asís de Jutiapa

Envía, Señor, tu Espíritu a renovar la faz de la tierra

Con la esperanza que brota de la resurrección del Señor Jesús, me dirijo a las comunidades cristianas de la diócesis de Jutiapa en esta fiesta de Pentecostés, bajo estas circunstancias tan dolorosas y tristes en las que vemos con preocupación el avance de la pandemia del coronavirus en Guatemala y en nuestra diócesis.

Nosotros tenemos la certeza hermanos que la vida prevalecerá por encima de las situaciones que provocan la muerte y que encuentran su raíz en el pecado que, como sabemos, se expresa en la injusticia y la maldad provocando dolor y sufrimiento en una creación herida, sobre todo en sus hijos e hijas más frágiles, pequeños y vulnerables.

Nuestra Cuaresma y Semana Santa de este año fue vivida bajo la amenaza real de la pandemia, provocando en nosotros incertidumbre, miedo, angustia y ansiedad. Sus dimensiones mundiales son alarmantes en cuanto a la salud de la población y a su economía, aumentando entre nosotros los niveles de pobreza ya existentes.

No ha habido sistema de salud de ningún país, ni de los más desarrollados, que no se haya conmovido por la pandemia. En países como el nuestro, la pandemia vino a poner en evidencia decenas de años de atraso en salud, educación, prevención social y seguridad, consecuencias de la desigualdad, la injusticia y la corrupción. Sí, otras lacras presentes no habían sido trabajadas, como la pobreza creciente y la desnutrición crónica, esta crisis que hoy vivimos viene a gravar más la realidad de nuestras familias y nuestras comunidades llevándolas a situaciones de hambre.

Nuestro país comenzó bastante bien su estrategia para enfrentar el coronavirus, lamentablemente a ese empeño le restó fuerza las viejas mañas de un pasado y presente

---

corruptos en las entrañas del mismo Estado, que hacen lo ineficiente y lentísimo en la realización de tareas urgentes. La falta de información, eficiencia y transparencia nos hacen suponer que hay realidades al interno de la gestión gubernamental que le priva de alcanzar lo propuesto en bien de la población. Indudablemente la pugna entre sectores en la defensa de sus intereses y la consiguiente búsqueda de beneficios para los suyos, resta fuerzas a una acción que debiera partir de la unidad y la búsqueda del bien para todos, sin olvidar a las mayorías empobrecidas.

La misma situación de pobreza y que la mayoría del empleo está en el nivel de la informalidad, obliga a muchas familias a no quedarse en casa, sino seguir buscando fuera de ella el sustento de la familia. Y más aún cuando las ayudas del Estado tardan en llegar y no superan las deficiencias de los sistemas clientelares del pasado, hasta la insolidaridad entre las gentes.

La experiencia pascual y la novedad de la vida nueva en el Señor resucitado, nos recuerda que para que la vida plena llegue, es necesario algo más que afirmar una verdad o poner algún detalle nuevo al actuar del creyente. Es necesario repensar al ser humano y su actuar desde la resurrección y el resucitado, lo que Pablo llamaba despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo (Cf. Col 3,9s). Estamos llamados a ser osados y valientes, a tomar en serio la experiencia pascual personal vivida sacramentalmente en el bautismo, ya que hemos muerto con Cristo y resucitado con él; y ser capaces de trasladarla a un nuevo modo de vivir en la familia y en la comunidad, que se muestre en gestos de radical novedad en los que la fuerza de la resurrección actúe.

De ahí la llamada a vivir en comunidad, venciendo el virus del egoísmo y el individualismo, llevando hasta el límite el mandamiento del amor. Amor que se vuelve un compartir, una solidaridad efectiva, una preocupación por los demás y sobre todo por los rostros dolientes del resucitado que son sus llagas y nos reclaman la deuda de amor y de justicia, para que se geste una humanidad nueva, totalmente diferente a la que teníamos antes del Covid-19.

---

Por ello la pandemia es una llamada a la conversión después de reconocer el pecado no solo personal, sino social e incluso estructural, para atrevemos a generar actitudes nuevas enraizadas en la Buena Noticia de Jesús y su resurrección que nos ponen en la línea de un cielo nuevo y una tierra nueva. Por eso la intuición de Pablo nos hace pensar que estamos realmente en el tiempo de Dios, pues “para los que aman al Señor, todo contribuye para su bien” (Rm 8,28).

Para nosotros discípulos misioneros del Señor es necesario descubrir nuestra identidad inmersos en la espiritualidad del seguimiento de Jesús, tal como lo hemos apreciado en estos últimos días en la liturgia de la palabra que nos ha colocado el último encuentro del Resucitado con los discípulos, en que resalta la figura del Pedro, que vive la experiencia de la misericordia y el perdón, siendo confirmado en su misión e invitado al seguimiento discipular. Por ello es requerido a que vuelva a dar su sí y renueve su disponibilidad para buscar el Reino de Dios y su justicia.

La promesa del Espíritu Santo nos ayudará a ser fieles al proyecto del Reino, nos recordará lo esencial y fundamental que es el amor, nos acompañará para dar testimonio y nos conducirá a la plenitud del Reino. El Señor nos conceda cada vez más la gracia de ahondar en nuestra identidad y pertenencia a Cristo y a su proyecto de vida y salvación, que nos empuje a no quedarnos indiferentes a los gritos de la creación que espera la plena manifestación de los hijos de Dios.

Hermanos y hermanas que en la fiesta de Pentecostés el Señor nos confirme en su elección y el don de su Espíritu nos renueve en el compromiso por hacer realidad el cielo nuevo y la tierra nueva.

María, la madre del Señor, la que supo permanecer de pie en los momentos aciagos y esperar la llegada del Espíritu nos acompañe en nuestro caminar e interceda por nosotros.

Jutiapa, 30 de mayo de 2020.  
Solemnidad de Pentecostés.

---